

Melampo, que duerme tambien, y al ruido que hace nuestra silla al acercarse, entreabren ambos los ojos, sin que podamos percibir en la rápida carrera si fué el perro ó el otro el que ladró?

¿Contaré, en fin, las pintorescas vistas de San Agustin ó Cabanillas; las construcciones fósiles, los techos, paredes, cercas, sierras y semblantes, todo de un propio color ceniciento y pedregoso; y aquel suave aroma de la aldea que se despide de la paja y otras materias menos nobles quemadas en el fogon, el todo armonizado con las suaves punzadas del ajo frito en aceite, ó de las migas empapadas en pimenton?

Por otro lado, no seria posible que pudiera contar nada de esto, porque en honor de la verdad debo decir que anudando el roto hilo de nuestro sueño, cada cual habíamos tenido por conveniente inclinar la cabeza en distinta direccion, y acabar de cobrar de Morfeo (otro dios clásico del antiguo régimen) nuestra acostumbrada nocturna racion; sin dársenos un árdite ni de la venta de Pesadilla; ni del abandonado convento de la Cabrera; ni de las costumbres de los habitantes; ni de la historia del pais;—y solo caimos en la cuenta de que al subir en el coche habíamos renunciado á nuestro libre albedrío, cuando bien entrada la mañana y el sol armado con todo el aparato volcánico que suele, observamos que el mayoral (á quien Dios no llamaba por este camino) quiero decir, que toda su vida no habia andado otro que el del arroyo de Abroñigal, y por primera vez seguía este rumbo; juzgó conveniente el no seguirle derecho, sino ladearse algun tanto á uno de los bordes que dominaba casualmente á un precipicio; y lo hizo de suerte, que á no habernos apresurado los viajeros á saltar rápidamente del coche, cuál por la puerta, cuál por la ventanilla, seguramente hubiéramos acabado de describir la curva

para la que ya teníamos mucho adelantado.—Por fin aquel susto pasó, y los nueve ó diez viageros pudimos reconocer nuestros bustos en pie, y de cuerpo entero, á la clara luz del medio día; con lo cual, luego que ayudamos al mayoral á salir del ahogo, y luego que nos convencimos de que íbamos guiados por la sana razon de las mulas, aprovechamos con gusto la ocasion que se nos ofrecia de andar una legüita á pie, al sol de agosto y sobre arena, hasta llegar á Buitrago, á donde contábamos despachar la inevitable tortilla ó el pollo mayor de edad.

De Buitrago á Aranda de Duero hay otras catorce leguas mortales, que tampoco ofrecen nada nuevo que contar, supuesto que no sea nuevo entre nosotros lo trabajoso de los caminos, máxime en sitios tan escabrosos como las gargantas de Somosierra, que aun en la mejor estacion son ásperas y desabridas.—En Aranda á donde llegamos á las nueve de la noche, nos aguardaba la cena en una posada, verdadero tipo de las posadas castellanas, cuya descripcion, si tantas veces no estuviera ya hecha, no seria importuno hacer aqui.—Pero viajando como viajamos *en posta*, no hay por qué detenernos, sino volver á subir á la silla á las once de la noche y andar toda ella (cosa poco frecuente en los caminos de España), con la esperanza de llegar á Burgos al amanecer, como asi lo exigia el servicio del correo, y teníamos motivos para esperarlo.—Pero en esto como en las demás cosas vamos tomando la moda francesa, que consiste en prometer magníficamente; quiero decir, que las veinte y cuatro horas del servicio público, se convirtieron por aquel viage en treinta y dos, llegando á Burgos á las doce del día con toda puntualidad.

Por otro lado, no puede negarse que es cosa cómoda, viajando en el correo, hacer sus paradas de hora y mas á almorzar, á comer, á cenar; item mas, seis horas para

dormir en Vitoria, cosa que no le hubiera ocurrido al mismo Palmer, cuasi inventor de los correos en Inglaterra. —Por supuesto que en Burgos tuvimos lugar de visitar minuciosamente la catedral (que tampoco describo aquí por haberlo hecho recientemente uno de los viajeros traspirenaicos de que hablábamos antes), luego comer sosegadamente, y aun no sé si alguno hizo un ratito de siesta. Pasado todo lo cual, acudimos todos á nuestro velocífero, y despues de atravesar aquella tarde el magnífico desfiladero de Pancorbo, verdadero prodigio de la naturaleza, á eso de las ocho de la noche dimos fondo en Vitoria, donde pudimos descansar, juntamente con la correspondencia, que sin duda debería hallarse fatigada del viage, y necesitaría las seis horas de reposo.

La del alba seria (como dice Cervantes) cuando el servicio público y el nuestro particular volvió á exigir de nosotros el sacrificio de abandonar el lecho. La mañana era apacible y nublada, como de ordinario acontece en el estío mas allá del Ebro: cada paso que dábamos, cada sitio que descubríamos, nos traía á la memoria un recuerdo aun reciente de la pasada guerra.—Arroyabe, Ulibarri-Gamboa, Arlaban, Salinas; las verdes y pintorescas montañas de la provincia de Guipúzcoa; los blancos caseríos que las esmaltan, por decirlo así; las ferrerías, las ermitas, las aldeas en puntos de vista deliciosos; luego la villa de Mondragon sentada en un paisaje suizo, con sus casas de severo aspecto, sus armas nobiliarias sobre las puertas, y sus bellos restos de antiguas construcciones.—Al apearnos un momento mientras se mudaba el tiro hallamos aquí una comision del Prado de Madrid, bañadores de Santa Agueda, que está á corta distancia.—Luego pasando rápidamente por aquellos deliciosos valles, gratas colinas, lindos case-



rios, por Vergara la inmortal, Villareal, Ormaiztegui, Villafranca y otros muchos pueblos interesantes, llegamos á Tolosa á comer.—Esta linda ciudad guipuzcoana con sus bellos edificios, sus calles tiradas á cordel, su aseo y elegancia, no puede menos de cautivar la atencion del viajero, que por otro lado encuentra en ella una posada muy buena, á la manera de los *hotels* franceses, y una complacencia, un esmero en el servicio, que nada tiene tampoco que envidiar al de aquellos.

Desde nuestra entrada en las Provincias, los zagales y postillones que se iban sucediendo en las distintas paradas, vestidos de la blusa azul y la boina, símbolo característico del pais, nos llamaban la atencion por sus 'allas esbeltas, su marcial franqueza, y el lenguaje incomprensible para nosotros, aunque halagüeño, con que entablaban entre sí conversacion.—Guiados por su destreza, y sin cuidarnos del mayoral andaluz que habia abdicado sus funciones desde el pronunciamiento de Buitrago, caminábamos con toda confianza por aquellos empinados derrumbaderos, por aquellos verdes valles, por sobre aquellas deliciosas colinas. Cada paso que avanzábamos, cada giro que daba el coche, se desplegaba á nuestra vista el mas delicioso panorama que una imaginacion poética pudiera imaginar.—Cuando considerábamos que aquellos campos, ora apacibles y tranquilos, que aquellas colinas risueñas, que aquellos pueblecitos felices, acababan de ser teatro de todos los horrores de una guerra fratricida, parecíanos un sueño, y por tal lo tomaríamos, á no hallar de vez en cuando algun caserío quemado, algun puente roto: á no saber por nuestros conductores que aquellas que dejábamos á derecha eran las alturas de Arlaban; que mas adelante teníamos en frente las famosas líneas de Hernani; y los conductores, por otro lado, no nos dejaban la menor duda,

contándonos con la mayor franqueza, sin orgullo, ni disimulo, que allí disputaron el paso á nuestras tropas; que aquí deshicieron la legion inglesa; que allá cortaron el camino para favorecer una retirada; que acullá quemaron ellos mismos su pueblo para que no pudiese servir de asilo al enemigo.—Todo esto dicho sin acrimonia, sin arrogancia, como una cosa natural, sencilla, y al mismo tiempo contentos con su actual posicion; el uno habiendo vuelto á labrar el campo de sus padres; el otro conduciendo nuestra silla-correo; cuál escoltándonos á lo largo con el fusil al hombro; cuál otro cantando el *zorzico* al compás del martillo con que trabajaba en la ferrería.

Siguiendo, en fin, por las empinadas cuestas del Pirineo, y pasando Astigarraga, Oyarzun y otros pueblos menos importantes, en el momento que íbamos á dar vista á Irun, vimos rodeado nuestro coche por multitud de muchachas que, deseándonos feliz viage, nos lanzaban rosas y otras flores, nos alargaban al ventanillo canastos de manzanas, y nos pedian sin duda en su idioma las albriicias de la ausencia.—Al anochecer, en fin, llegamos á Irun, en cuyo término corre el Bidasoa, que separa la España de la Francia. Aquí el mayoral queria dar un descanso á su fatigada imaginacion, y hacernos pasar la noche bajo el cielo patrio; pero los tres viajeros de la berlina, únicos que seguíamos todavía, tomando á nuestro cargo la defensa del procomun, argüimos fuertemente que era preciso llegar con la correspondencia á Bayona aquella misma noche, y no tuvo nuestro locomotor otro recurso que volver á marchar.

Pasamos á pie el puente divisorio de los dos reinos, no sin palpar nuestros pechos al dejar momentáneamente nuestra amada España: sufrimos en la aduana francesa el escrupuloso registro de nuestros equipages; y aunque la

noche cerró en agua, seguimos nuestro camino por San Juan de Luz y Vidart, y á eso de las doce de la noche entrábamos en la ciudad de Bayona, y buscábamos posada, sin que en mas de una hora pudiéramos hallarla, por estar á la sazón todas ocupadas por los numerosos viajeros que, de paso para los baños del Pirineo, habian llegado de España y Francia á la ciudad. —Nuestro mayoral andaluz recordó entonces que se habia venido sin la hoja de viajeros (única cosa en que consistia su encargo), y que se habia ido á Bayona conduciendo al correo con la misma franqueza con que pudiera llevar en su calesa un par de manolas á los novillos de Leganés.

Si yo hubiera de seguir aquí la cartilla de los modernos viajeros franceses, parece que era llegada la ocasion de tejer una historieta galante con alguna princesa transitoria ó con alguna diosa de camino real, en que, repartiéndome graciosamente el papel de galan, al paso que diese algun interés á mi narracion, rehabilitase en la opinion de las jóvenes mi ya olvidada persona. —Ocasión era sin duda de tentar la envidia de mis compatriotas, pasándoles por delante de la vista algunas de aquellas aventuras vagas, sorprendentes y simbólicas que, al decir de los señores traspirenaicos, asaltan al estrangero luego que salva los límites de su pais natal; y esto me daría tambien pie para juzgar á mi modo y de una sola plumada del carácter, costumbres, historia, leyes y físico aspecto del pais que veía desde la noche anterior.

Pero en Dios y en mi conciencia (y hablo aquí con la honradez propia de un hijo de Castilla) que ninguna princesa ni cosa tal nos salió al camino; que ningun entuerto ni desaguizado se cometió con nosotros; que tampoco fuimos objeto de ningun especial agasajo; y

que, en fin, entramos en la region Gálica con la misma franqueza que Pedro por su casa; y lo mismo que ellos (los galos) entran cada y cuando les place por nuestra España, sin que nadie se cuide de ellos, ni princesas les cobijen, ni enanos les suenen la trompeta, ni puentés levadizos se les abajen, ni doncellas acudan á cuidar del su rocín.

III.

BAYONA.

Objeto y tendencia de esta narracion.—Division de dos naciones.—Contrastes.—Bayona, la ciudad, su caserío, sus calles, su campiña, casas de campo, baños de Biarritz; hoteles ó fondas, y comparacion de las ciudades francesas y las españolas.—Los *hotels* franceses.

Para desagravio de mi conciencia y previa inteligencia de mis lectores, paréceme del caso, antes de entrar en materia, apuntar aqui algunas ideas que determinan el verdadero punto de vista bajo el cual desearia fuesen juzgados estos pobres borriones que un buen deseo, mas bien que una impertinente locuacidad, me han dictado.

Y es la primera: que nunca fué mi ánimo el de formar un viage crítico ni descriptivo, pues ni la escasez de mis medios literarios, ni la exigüidad de unos pocos artículos de periódico lo permiten; ni veo para ello una necesidad, supuesto que son tantos y tan buenos los libros que existen sobre la materia.—Segunda:—que tampoco llevo la pretension al ridiculo extremo de convertirme en mi propio coro-

nista; achaque de que suelen adolecer algunos viajeros, que entienden dar al público lector tan grato pasatiempo como á ellos les produce el recuerdo de sus propias aventuras —Y tercera y última:—que habiendo de tratar de cosas muchas veces dignas de encomio y de imitacion, injusto y aun criminal seria, en quien se precia de hombre honrado, sacrificar la verdad al fútil deseo de cautivar la risa de sus lectores, y buscar en la paleta aquellos colores que solo guarda para combatir los objetos que crea dignos de festiva censura.

Esto supuesto, no busque el lector en estos artículos ni metódica descripcion; ni pintura artística ó literaria; ni historia propia, mas ó menos realzada con picantes anécdotas; ni sátira amarga siempre, ni pretesto constante para hacer reir á costa de la razon.—Pues entonces ¿á qué se reduce su contenido?—A poca cosa.—A algunas observaciones propias; á tal cual comparacion imparcial; á tal otra crítica templada; á indicaciones tal vez útiles; á episodios tal vez inconexos; y el todo reunido, á contribuir (si bien con escasas fuerzas) á pagar el obligado tributo que en todas las acciones de la vida debe cada individuo al pais en que nació.

La diferencia entre dos naciones limitrofes no se marca tan absolutamente en los primeros pasos que en ellas se dan, sino que va tomando cuerpo conforme la influencia del clima, de la educacion y de las leyes van ejerciendo un influjo mas inmediato.—Los pueblos colocados cerca de las fronteras participan generalmente de la misma civilizacion, del mismo cielo, muchas veces hasta de un propio lenguaje; y hé aqui la razon porque la mayor parte de los viajeros quedan desorientados, cuando al pisar por primera vez un pais estraño, hallan en él tan poca disparidad con el

que acaban de abandonar.—No basta un tratado diplomático, ni el curso de un río, ni una cordillera de montañas para borrar el carácter de homogeneidad que la naturaleza, la frecuencia de comunicacion, y tal vez la propia historia, imprimen en pueblos colindantes; sin embargo, el poder de las leyes y la mano de la administracion, hace sentir su presencia hasta los mas remotos confines de un reino; y ante un espíritu observador tal vez produce esto mismo tan extraordinario contraste, como formado con aquellos mismos medios que la naturaleza habia dispuesto en una completa homogeneidad.

Poco, por ejemplo, podrá hallar que admirar el que, salvando el puente del Bidasoa, pase desde las amenas colinas y pintorescos valles de Guipúzcoa, á los no menos graciosos paisajes del departamento de los bajos Pirineos. Poca diferencia entre las poblaciones y caseríos, ni en las figuras y trages de los habitantes; y hasta el lenguaje vascongado llegará á sus oidos con mas frecuencia que el español ó el francés.—Sin embargo, en obsequio de la verdad, no puede dejar de convenirse en que desde la misma aldea de Behovia, contigua al extremo francés del puente, se empieza á notar mas aseo en el aspecto de las casas, bien construidas y blanqueadas, mas gusto y oportunidad en la colocacion de los pueblos y caseríos, mas orden y policia en su administracion interior.—Sirvan de ejemplo de comparacion San Juan de Luz, pequeña villa francesa de unos tres mil habitantes, á corta distancia de la frontera, y la de Irun, última villa española, de poblacion semejante; y desgraciadamente habrá de reconocerse la sensible diferencia de una y otra administracion. Y cuenta, que la de las provincias Vascongadas es entre nosotros una escepcion honrosa, y tal que en este punto puede decirse que la España empieza del Ebro acá.

BAYONA, á ocho leguas francesas (1) de la frontera, es el primer pueblo en que ya se encuentra bastante delineada la fisonomía de las ciudades francesas.—Sentada á distancia de una legua escasa del Occéano, en la confluencia que forman los dos rios Nive y Adour, se halla dividida por el primero de ellos, que la atraviesa por su término medio, dándola el aspecto de dos ciudades diversas en su forma, y que vulgarmente suelen ser designadas por *Bayona la grande* y *Bayona la chica*. Hay además del otro lado del Adour una tercera poblacion, parte de la ciudad, y es el arrabal llamado de *Sancti Spiritus*, habitado generalmente por mercaderes judíos de origen español y portugués. En él está tambien la ciudadela de Vauban, que domina á la vez á la ciudad, el puerto el mar y la campiña; ademas está defendida la ciudad por otros dos castillos, en cada una de las dos partes de que se compone.

La ciudad vieja nada tiene que alabar, y por sus calles sucias, estrechas y mal cortadas, tampoco envidiaría á las mas oscuras de Castilla; pero la parte nueva que se estiende á la orilla izquierda del rio Nive, ofrece un aspecto halagüeño, por lo alineado de sus calles, bellas plazas, y edificios modernos y elegantes. Sobre todo, son muy notables la hermosa calle principal llamada el *Cours*, que continúa el camino de España, y la plaza de *Granmont* con hermosas vistas sobre ambos rios, y en que se hallan situados el suntuoso edificio nuevamente construido para aduana y teatro, y otras varias casas de bella apariencia. En esta plaza, en el *Cours*, y en el estendido dique bordado de buenos edificios que se estienden á orillas del rio, es donde se halla concentrada toda la vitalidad de Bayona.

(1) La legua francesa viene á ser un cuarto menos que la española. Ocho leguas corresponden á seis nuestras.

No puede negarse sin injusticia, que pocas ó ninguna de nuestras ciudades de tercer orden (como lo es Bayona en Francia) pueden compararse á esta, ni en lo bien cortado y simétrico de su plano, ni en sus bellas construcciones, ni en su animacion y comodidad interior.—Nuestras ciudades, edificadas por lo general en medio de las guerras civiles y extranjeras que forman el tejido de nuestra historia; colocadas muchas de ellas en elevadas alturas, y cortadas en laberintos de encrucijadas para mejor acudir á su defensa; asombradas otras al pie de la inmensa mole de una gran montaña para garantizarlas de los ardores de un sol meridional; huyendo las mas de ellas cautelosamente la inmediacion de los rios, que por la índole particular de nuestro suelo no son las mas veces medios de comunicacion ni aun de salubridad; carecen por lo general de los medios de comodidad y de agrado que proporciona á la mayor parte de las ciudades francesas, inglesas, holandesas y flamencas, un pais mas llano, unos rios benéficos y caudalosos, y un sol templado; si bien acaso las ceden en pintoresca situacion, en variado aspecto y risueño colorido.

Las ciudades francesas adolecen generalmente de falta de poesia; tal vez de demasiada uniformidad; pero en cambio por su belleza y simétrica construccion, su aseo y limpieza, proporcionan mayores medios al habitante para disfrutar holgadamente de los goces de la civilizacion.—Sentadas en medio de hermosas llanuras ó sobre pequeñas colinas, por la mayor parte se encuentran naturalmente divididas por un gran rio ó por un canal artificial, cuyas orillas cierran altos y fuertes diques, coronados de hermosas casas.—Esta gran arteria de circulacion en medio de un pueblo, le presta un grado de animacion extraordinario; y con los puentes que comunican entrambas orillas, con

los barcos que cruzan el rio por delante de las casas, con la doble fila de estas que se despliega por ambos lados, ofrecen á la vista un espectáculo halagüeño y al comercio un centro de animacion.—Asi están París, Burdeos, Lion, Rouen y otras infinitas ciudades, y asi está Bayona tambien.

Otra de las cualidades distintivas de las ciudades francesas es el *Cours ó Boulevard* que atraviesa la mayor parte de ellas; el cual no es otra cosa que una gran calle en línea recta, con árboles en el medio, que por su situacion y su elegante forma viene á ser el centro del comercio, á donde se reunen las mas bellas construcciones, los mas magnificos establecimientos, la animacion y vitalidad de todo el pueblo en general.—Este Cours ó Boulevard tiene bastante analogia con las *Ramblas* que dividen muchas poblaciones de Cataluña, en especial con la hermosa de Barcelona; y con el tiempo podrá realizarse en Madrid en toda la estension de la calle Mayor y de Alcalá.—Bayona, como dejamos indicado, tiene tambien su Cours, aunque mas en pequeño que París. Burdeos, Marsella, etc.; pero ofreciendo en él reunidos muchos objetos halagüeños y de comodidad, y con la ventaja de que participando aun de nuestro sol ardiente. puede conservar en sus construcciones un color claro y agradable, cuya ausencia rebaja en mucha parte á nuestros ojos meridionales la hermosura de los mas bellos edificios de las ciudades de Europa, y de Francia misma, mas allá de Burdeos y de Lion.

Por lo demas, en vano pretenderian buscarse en esta ciudad aquellos grandes monumentos que prueban cierto grado de importancia histórica; y á no ser para visitar su catedral, de un bello gusto gótico. poco ó nada tendría que detenerse en ella el artista. Pero en lo que lleva una notable ventaja Bayona á otras ciudades mas importantes,

es en su hermosa campiña. en sus lindos paseos, y en la alegría y amabilidad de sus habitantes.—El forastero á quien la casualidad traiga un domingo á esta ciudad, que no deje de visitar *Las Marinas*, hermoso paseo que domina el puerto y el arrabal de Sancti Spiritus, si quiere ver reunidas en él á las lindas bayonesas, cuyas espresivas facciones, ojos vivos, talle delicado, son proverbiales en Francia. Allí tendrá ocasion de observar bajo el gracioso sombrerillo de paja ó bajo el inimitable pañuelito colocado artísticamente en derredor de la cabeza, mas gracias naturales, mas amable coquetería que en las grandes reuniones de la córte parisiense. Allí admirará tambien las espresivas formas de las vascongadas que vienen del otro lado del Pirineo á disputar el premio de la hermosura, al frenético entusiasmo del elegante parisien que se dirige á buscar sensaciones fuertes á las crestas del Pirineo, ó á la helada admiracion del inglés que se encamina á *Bagneres* á templar su sequedad.

No es solo en las Marinas donde suelen encontrarse las hijas del Adour y sus exóticos huéspedes.—Hay cerca de la ciudad otro sitio adonde la crónica bayonesa ofrece aun mayor interés. Este sitio es *Biarritz*, pequeña poblacion, apéndice marino de Bayona, á una legua escasa de ella, en una pintoresca situacion sobre las mismas orillas del mar.—Este Biarritz es para Bayona lo que el Cabañal para Valencia; esto es, un establecimiento de baños, un pretesto de reunion.—Pero fuera de esta analogía de objeto, no puede citarse otra entre ambas poblaciones: pues si bien el Cabañal valenciano con sus techos de paja de arroz, sus graciosas barracas, y su sabor oriental, no carece de agrado, está muy lejos de poder competir con la linda aldea de Biarritz, compuesta de casas de bello aspecto, animada por multitud de fondas, cafés y hasta su pequeño teatro; y do-

tada, en fin, de aquel *confortable* de la vida, que tan descuidado se halla entre nosotros.—Así que el extranjero mas exigente está seguro de hallar lo que necesita á su buen servicio y comodidad, realizado por el agrado de una amena sociedad anglo-hispano-francesa, en que se reúne el buen tono, y la mas cordial alegría.

Las muchísimas casas de campo que se hallan situadas en la hermosa campiña entre Bayona y Biarritz, el continuo pasar de tartanas y diligencias entre ambos puntos, y las cabalgatas en mulas ricamente enjaezadas, y que conducen á las lindas bayonesas, sentadas en una especie de jamugas (*cacolets*), conocidas tambien y usadas en todo el pais vascongado, bajo el nombre de *artolas* ó *cartolas*, y escoltadas por los jóvenes elegantes sobre briosos caballos, da una animacion extraordinaria á todo este recinto durante la temporada de baños.—Estos mismos son un espectáculo singular, pues no habiendo como no hay sitio especial para los bañadores, cada uno se zambulle donde le place, sin distincion de sexo ni edad.—Yo no sé si esta costumbre podrá ó no perjudicar á la moral; pero lo que es al artista no podrá menos de serle útil para estudiar los diversos partidos del desnudo, y aun el autor fantástico podrá creer tal vez realizados sus ensueños de brujas y trasgos, al mirar algunos tritones-hembras, que con un calzon corto de hule y las trenzas al agua, aparecen y desaparecen alternativamente entre las olas, y sirven para vigilar á las Náyades aprendizas. Porque hay que advertir, que el temible golfo de Gascuña presenta por esta parte no poca incertidumbre, y que de las diversas cavernas que bordan la costa, rara es la que no lleva una memoria de alguna historieta trágico-amorosa.

La ciudad de Bayona debe su importancia al activo comercio con España, y mas principalmente á nuestras eter-

nas discordias civiles que alternativamente obligan á una parte de la poblacion á huir el patrio suelo, y buscar seguridad en el extranjero.—Especialmente en el periodo de la guerra última llegó á tal punto esta emigracion de parte de lo mas acomodado de la poblacion de las Provincias Vascongadas, que hubieron de contarse hasta quince mil españoles en el departamento de Bajos Pirineos, de los cuales seis mil en la ciudad de Bayona.—Hoyes, y todavía los mercaderes bayoneses recuerdan con entusiasmo aquella buena época para ellos, en que veian cambiar por sendas onzas españolas los infinitos artículos que ofrece la industria francesa; asi que esta ciudad, la de Pau, San Juan de Luz y hasta el mismo Burdeos, llegaron á tomar un aire español que aun se percibe, y todavía es muy comun el escuchar en cualquiera de sus calles el lenguaje castellano; ver las muestras de las tiendas escritas en nuestro idioma, y oir á los músicos ambulantes repetir con sus instrumentos la *jota* ó la *cachucha*.

Concluiremos aqui este artículo dando á conocer una de las circunstancias que causan mas agradable sensacion al viagero español cuando sale de su pais. Queremos hablar de los paradores ó posadas (*hotels*), primer objeto con que naturalmente tiene que tropezar un forastero, y cuyo mal estado entre nosotros es una de las causas principales que retraen á todo viagero del intento de visitarnos.—Prescindamos de las causas por las que aquellos se han elevado á tal grado de perfeccion, y las contrarias por las cuales estas permanecen poco mas ó menos en el estado en que las pintó Cervantes hace casi tres siglos; baste solo indicar que la principal que se alega, que es la falta de viageros, puede mas bien que causa ser efecto, y que ambos deben desaparecer y desaparecerán simultáneamente en el momento en que nuestro hermoso suelo bien administrado, pa-

cífico y seguro, permita al interés particular tomar el rápido vuelo que le conviene, y exigir el debido tributo á la comodidad y á la curiosidad del viajero.

Los *hotels* franceses situados convenientemente en todas las poblaciones de tránsito son por lo general edificios contruidos ex-profeso para servir á este objeto; y además de una bella fachada, y estensa capacidad, se hallan tan convenientemente distribuidos, que poco ó nada dejan que desear.—Por lo regular desde el zaguan ó portal se pasa á un gran patio cuadrado, á donde pueden colocarse los carruages con toda comodidad, y desde allí varias puertas conducen á las caballerizas cocinas, cuadras y pasages necesarios en estos vastos establecimientos; pero todo esto tan disimulado en el aspecto exterior, que apenas el viajero tiene ocasion de conocer que está en una posada pública, y mas bien se cree en un hermoso palacio.—Regularmente al pie de la escalera principal ó en el entre-suelo está la habitacion del conserge, y lo que se llama comunmente el *bureau*; en donde se lleva el registro de los viajeros que entran, las habitaciones que ocupan, etc., y en una tabla numerada se colocan las llaves de estas, que los huépedes dejan allí colocadas siempre que salen del hotel. A este sitio tambien vienen á reunirse todas las campanillas de los distintos cuartos, numeradas tambien, á fin de que los camareros puedan saber á donde se les llama, y acudir con prontitud. Las paredes del zaguan, del patio, escaleras, *bureau*, etc. suelen estar cubiertas de grandes cartelones en que se anuncian las compañías de transporte, las horas de correo, los espectáculos del dia, las ferias y mercados próximos, las nuevas publicaciones literarias, los remedios infalibles contra toda clase de males, y los fenómenos invisibles que

por una corta retribucion puede el viagero contemplar.

Las habitaciones ocupan los pisos principal, segundo y demas de la casa, y se hallan convenientemente distribuidas, de suerte que puedan escogerse segun las facultades de cada cual. —Por lo regular constan solo de una sala, en la cual se halla colocada la cama, elegantemente colgada, (sabido es que en Francia no son de costumbre las alcobas para dormir), un sofá y algunos sillones, con cómodas almohadas; la chimenea, con su espejo encima incrustado en la pared; su reloj y floreros sobre la repisa; un *secretaire* ó cómoda de caoba para escribir y guardar los papeles; otra mas grande para las ropas; y una mesa con espejo y todos los avíos del tocador. —Las paredes cubiertas de lindos papeles de colores, y las graciosas colgaduras de percal, ó coco encarnado, acaban el adorno de la habitacion: y subiendo este de punto á medida que sube tambien el precio, es raro el viagero que tenga nada que echar de menos para su regular comodidad.

El servicio es igualmente esmerado; el interés de los amos del establecimiento procura siempre que las discretas sirvientas sean de un físico agradable, de un carácter amable y servicial; los mozos igualmente reúnen buenas maneras, estremada complacencia, y una destreza singular para complacer los deseos del viagero; y la habitacion de éste se halla constantemente aseada y compuesta, bruñidos los muebles y los suelos de madera, limpias sus ropas y colocadas con inteligencia cual pudiera hallarse, en fin, si todos los criados no tuvieran mas objeto que el de servirle á él solo.

En el piso bajo de la casa suele hallarse un estenso salon que sirve para comedor, y en él campea constantemente una gran mesa oval cubierta de blanquísima mantelería, y el resto de la pieza le ocupan los aparadores con

el servicio. A las cinco de la tarde, por lo regular, en invierno y á las seis en verano, suena una campana que advierte á todos los huéspedes de los diversos compartimentos del hotel que es llegada la hora de comer; y segun van descendiendo, se colocan en sus puestos respectivos, y se sirve la comida, que por lo regular es abundante y bien condimentada. Esta escena merece por sí capítulo aparte, que trazaremos mas adelante, con el objeto de dar á conocer á nuestros lectores lo que es una *table d'hôte*.

Para concluir aquí lo relativo á los hoteles, diremos que toda esta elegante comodidad es poco costosa, pues el precio general suele ser de uno ó dos francos (pesetas) diarios, por habitacion y cama, dos francos por desayuno y tres francos por la comida.

Los hoteles de Bayona no son ciertamente los que pudieran citarse por modelo tratándose de este punto en Francia, y ceden en mucho grado á los ingleses, belgas y franceses mismos que hemos tenido lugar de admirar.—No puede dejar, sin embargo, de causar agradable sorpresa que en pueblos de corta importancia como Bayona, Mont de Marsan, Perpignan, Avignon, etc. pueda proporcionarse al viajero tanta comodidad como en vano buscaría en nuestro pais en pueblos tan importantes como Sevilla, Valencia, Burgos y Zaragoza.—Pero ¿qué mucho? en Madrid mismo, capital del reino, á donde entran diariamente multitud de diligencias, no encuentra el extranjero al apear-se donde descansar su fatigada persona, sino quiere transigir con los mezquinos recursos que le ofrecen tres ó cuatro malas fondas, ó la prosáica vida de las casas particulares de huésped.—No se concibe ciertamente como tantas compañías especuladoras, la misma de diligencias generales, que tantos beneficios ha reportado, no tratan de cubrir esta vergonzosa falta, disponiendo en alguno de los

grandes edificios inmediatos á la puerta del Sol un parador, no diremos como los hoteles extranjeros, pero siquiera como los que hay en Vitoria, Valladolid, Cádiz, y Barcelona (1).

(1) No hay necesidad de advertir que estas observaciones y las que se hacen en el capítulo siguiente, relativas á los hoteles ó paradores, á los caminos y á los medios de comunicacion respectivos de Francia y España, y que hace veinte años, cuando se escribieron estos apuntes, tenian el mérito de la exactitud; han debido perder su interés por el asombroso adelantamiento que el transcurso del tiempo y los constantes progresos de la civilizacion han traído consigo en toda Europa. Nuestra España, que hasta aquí seguia bastante rezagada aquel impulso vivificador, ha tratado de recuperar el tiempo perdido y conseguido en este, como en otros puntos de su vida social y política, colocarse en el puesto que le corresponde entre los pueblos civilizados. La mejor prueba de este rápido progreso la hallamos consignada en el excelente libro publicado hace dos años por Mr. *Germond de la Vigne* bajo el título de *Itineraire de l'Espagne et du Portugal* (París, 1860) que es sin disputa el mejor, ó mas bien el único de los extranjeros que han consignado una descripcion completa y acabada de nuestro pais en su estado actual.

grandes edificios inmuebles a la puerta del Sol en Paris—
 for no diques como los hoteles españoles, como en París
 en como los que hay en Valencia, Valladolid, Cádiz y
 Barcelona. En París se erigieron al efecto en pocas horas los

(3). No hay necesidad de advertir que estas operaciones y
 las que se hicieron en el capitulo siguiente, relativas a los edificios
 de las iglesias, de los conserjes y a los edificios de una universidad
 de los edificios de los hospitales y de otros edificios, cuando se

realizaron estas cosas, según el objeto de la expedición, han
 del mismo modo que se hizo por el mencionado adelantado que el
 progreso de los edificios, los conserjes y los edificios de las
 universidades, como en Valencia, Valladolid y Barcelona, que

estas cosas se hicieron por el adelantado en las ciudades
 de Valencia, Valladolid y Barcelona, y en las de las
 universidades, como en Valencia, Valladolid y Barcelona, que
 en las de las universidades, como en Valencia, Valladolid y Barcelona,
 que en las de las universidades, como en Valencia, Valladolid y Barcelona,

que en las de las universidades, como en Valencia, Valladolid y Barcelona,
 que en las de las universidades, como en Valencia, Valladolid y Barcelona,
 que en las de las universidades, como en Valencia, Valladolid y Barcelona,

que en las de las universidades, como en Valencia, Valladolid y Barcelona,
 que en las de las universidades, como en Valencia, Valladolid y Barcelona,
 que en las de las universidades, como en Valencia, Valladolid y Barcelona,

que en las de las universidades, como en Valencia, Valladolid y Barcelona,
 que en las de las universidades, como en Valencia, Valladolid y Barcelona,
 que en las de las universidades, como en Valencia, Valladolid y Barcelona,

que en las de las universidades, como en Valencia, Valladolid y Barcelona,
 que en las de las universidades, como en Valencia, Valladolid y Barcelona,
 que en las de las universidades, como en Valencia, Valladolid y Barcelona,

IV.

DE BAYONA Á BURDEOS.

Medios de comunicacion.—Carreteras.—Rios, canales.—Comparacion con los caminos y medios de viajar en España.—Diligencia francesa y española, paralelo.—Carácter de los viajeros.—La malle-poste.—Las Landas.—Puentes.—Mont de Marsan.

Desde Bayona á Burdeos se cuentan cuarenta y cinco leguas francesas, generalmente por el país mas llano, arenisco y monótono que ofrece la Francia; por lo que poco ó nada llega á interesar la atencion del viajero. Aprovecharemos, pues, este descanso de la imaginacion y de los sentidos, para apuntar algunas ligeras indicaciones sobre los diferentes medios de comunicacion adoptados generalmente en aquel país, y su comparacion con los que existen entre nosotros, á fin de hacer resaltar las respectivas ventajas con la debida imparcialidad y buena fé.

Tres son los medios adoptados generalmente para viajar en Francia; á saber: las diligencias generales, la *malle* ó correo, y las sillas de posta particulares; los tres están

ensayados entre nosotros; aunque bastante distantes de su perfeccion.

Conviene advertir, ante todas cosas, que las carreteras principales que en todos sentidos cruzan la Francia, y muchísimas de las travesías particulares de pueblo á pueblo, se encuentran en un estado escelente; merced á la configuracion particular del suelo, mucho mas llano en general que el de nuestra España; á la sólida y bien entendida construccion de la calzada; y al crecido presupuesto destinado á su constante entretenimiento.—Por lo general no son de una estremada anchura; se hallan formadas con una ligera curva, cuya parte superior está en el centro, y revestidas de piedras cuadradas cuidadosamente unidas, que ofrecen á las ruedas una superficie plana y constante: á uno y otro lado de la calzada, además de los diques y parápetos necesarios en las desigualdades del terreno, suelen formarse anditos cómodos para los viajeros pedestres (bastante comunes en aquel pais), y véñese de trecho en trecho enormes pilas de piedras ya cortadas para reponer los desperfectos que ocasiona á la calzada el continuo tránsito de carruages.

Fácil es conocer el grado de comodidad que aquella superficie unida y perfectamente adaptada á las anchas ruedas de los carruages, y la cómoda construccion de estos, proporcionará á su movimiento, con gran satisfaccion del viagero, especialmente de aquel que acabando de sufrir las bruscas ondulaciones de nuestro suelo, sus carreteras desniveladas, y sus desencajados pedruscos, haya pasado algunos dias sin saborear el mas mínimo instante de reposo.—Añádase á todo esto que allí no es tampoco comun el encontrarse detenido frecuentemente por un arroyo improvisado, apenas perceptible en unas ocasiones y convertido en otras en rápido torrente; ni el haber de